

PERSUASIÓN Y COERCIÓN.  
A PROPÓSITO DE LA ESTRATEGIA ARISTOTÉLICA  
EN DEFENSA DEL PRINCIPIO DE  
NO CONTRADICCIÓN EN *METAFÍSICA IV*

PERSUASION AND COERCION.  
ON ARISTOTLE'S STRATEGY IN DEFENCE OF THE PRINCIPLE  
OF NON-CONTRADICTION IN *METAPHYSICS IV*

GRACIELA E. MARCOS DE PINOTTI\*

**Resumen:** En este trabajo examino la relación entre físicos y sofistas en *Met.* IV 3-6, como también las estrategias de que se sirve Aristóteles con el propósito de refutarlos: persuasión y coerción. En primer término, analizo la taxonomía de los adversarios del PNC, en la que reconozco tres momentos. Sugiero, luego, una distinción que Aristóteles tendría en mente entre una aporía genuina, real, y una aporía superflua. Sobre esta base, pretendo echar luz sobre el paso final de la taxonomía (*Met.* IV 6, 1011a3-8), en que físicos y sofistas se aproximan uno al otro. A pesar de sus diferencias, ambos, según Aristóteles, plantean problemas que podrían resolverse fácilmente apelando a lo evidente. Finalmente, intento aclarar el tipo de estrategia propuesta en defensa del PNC apelando a algunas observaciones de Aristóteles a propósito de la búsqueda de la verdad en *Met.* II.

**Palabras clave:** Aristóteles, defensa del PNC, *aporía*.

**Abstract:** In this paper I examine the relationship between the natural philosophers and the sophists in *Met.* IV 3-6, as well as Aristotle's strategies for refuting them: persuasion and coercion. Firstly I analyze the taxonomy of the opponents of the PNC, where I consider three moments. Then I suggest a distinction that Aristotle seems to have in mind between a genuine, real, *aporia* and a superfluous one. On this basis I try to illuminate the final step of the taxonomy (*Met.* IV 6, 1011a3-8), where the natural philosophers and sophists are close to each other. Despite their differences, both, according to Aristotle, pose problems which could be solved easily by simply resorting to the obvious. Finally I try to clarify the kind of strategy proposed in defence of the PNC by appealing to some remarks on the search for truth in *Met.* II.

**Keywords:** Aristotle, defence of PNC, *aporia*.

---

\* Graciela E. Marcos de Pinotti é professora na Universidad de Buenos Aires, Argentina.  
E-mail: [gracielamarcos@fibertel.com.ar](mailto:gracielamarcos@fibertel.com.ar)

La argumentación en torno del principio de no contradicción (PNC) en los capítulos 3-6 del libro IV (*Gamma*) de *Metafísica* está atravesada por tensiones y aporías. Para Aristóteles es evidente (*dêlon*, *Met.* IV 3, 1005b18) que se trata del principio más firme de todos, un principio sobre el que no es posible equivocarse. Sin embargo, no se ahorra una cuidadosa defensa del mismo, desplegando diversos argumentos contra un adversario inicialmente anónimo, que luego se encarna en Protágoras y aun en los físicos. Semejante despliegue defensivo hace pensar que la adhesión al PNC dista de ser espontánea. En cuanto a las estrategias con que propone enfrentar a sendos tipos de oponentes, guardan relación con una singular y controvertida taxonomía trazada en el capítulo 5 de *Gamma*, que es mi propósito tratar en estas páginas. La argumentación aristotélica, dirigida inicialmente a refutar a un oponente al que hay que dar batalla en el terreno del lenguaje, reconoce luego otro tipo de adversario que no actúa de mala fe y al que no cabe coaccionar (*bías*) sino persuadir (*peithoús*) de la vigencia del principio (*Met.* IV, 5, 1009a17-18). Se trata del físico, que en el capítulo 3 es ubicado muy cerca del filósofo, por encima de quienes cultivan ciencias particulares, pero dos capítulos después, en el marco de la mencionada taxonomía, es aproximado al erístico en su calidad de negador del PNC, aunque sin dejar de reconocer Aristóteles que el camino a través del cual cada uno arriba a esa negación constituye una diferencia fundamental entre ambos. En efecto, el grupo de los físicos habría llegado a la negación del PNC a partir de hallarse en aporía (*ek tou̐ aporêsai*, 1009a18), a diferencia de quienes lo niegan solo con fines erísticos. Esta distinción entre físicos y erísticos en función del móvil que en cada caso los habría llevado a negar el PNC es estratégica, al decir de B. Cassin,<sup>1</sup> pues determina el modo en que hay que enfrentarlos: en un caso, la persuasión, en el otro, la fuerza o coerción. Esta diferencia fundamental entre uno y otro grupo de adversarios no impide sin embargo reconocer, al comienzo del capítulo 6, que algunos, tanto de uno como del otro bando, están problematizados, aun cuando tales aporías “son como considerar una aporía si en este momento estamos dormidos o despiertos” (6, 1011a6-7), afirma Aristóteles dando a entender que son superfluas.<sup>2</sup> A esta altura, el lector

<sup>1</sup> CASSIN, B. et NARCY, M. (eds.) *La décision du sens. Le livre Gamma de la Métaphysique d'Aristote, introduction, texte, traduction et commentaire*. Paris: J. Vrin, 1989, p. 42.

<sup>2</sup> Es discutible que este tipo de aporía sea realmente superflua y ocioso su planteo, pero Aristóteles se expresa en todo momento como si ella planteara una cuestión fácil de zanjar

de *Gamma* se pregunta si hay, después de todo, adversarios que hablan por hablar y que por eso mismo no merecen ser considerados seriamente, o si más bien “todo” adversario sin excepción, ya sea que lo guíe un interés genuino por la verdad o el mero afán de disputar –es decir, el filósofo como el erístico–, es para Aristóteles digno de cuidado.

Mi lectura va en esta segunda dirección, que encuentro consistente con el tipo de estrategia general desplegada por Aristóteles en *Gamma* a la hora de enfrentar a sus oponentes. Esta estrategia hace hincapié en que el adversario, al pretender negar aquello sin lo cual nada podría ser dicho, se pone en contradicción consigo mismo tan pronto habla. Es, además, una estrategia implacable que no le concede siquiera el refugio del silencio, ya que las mismas acciones del adversario delatarían, según el estagirita, su implícita aceptación del PNC. En este sentido, diríase que la refutación encarada en *Gamma* es, a la vez, la redención del adversario, incapaz de sustraerse al principio que vanamente busca negar. En el mismo momento en que es refutado, es reconocido como portador de un discurso significativo o sujeto de una acción dotada de sentido. Esto no impide a Aristóteles, sin embargo, preservar la diferencia entre un *lógos* vacío y otro que tiene su anclaje en la experiencia, a cuya luz toma sentido, trataré de mostrar, que físicos y erísticos se acerquen significativamente uno al otro. Y no en virtud de una operación de “seducción y de recuperación filosóficas” que hace que los erísticos se acerquen a los filósofos, como sugiere Cassin,<sup>3</sup> sino más bien por la razón inversa: porque los filósofos corren el riesgo de recaer en la erística.

En apoyo de esta interpretación, examinaré a continuación algunos pasajes de los capítulos 3-6 de *Met. Gamma*, atendiendo especialmente a los vínculos que Aristóteles establece entre físicos y sofistas y a las estrategias que propone adoptar para enfrentarlos, persuasión en un caso, coacción en el otro. Comenzaré por examinar la taxonomía de adversarios del PNC, para después introducir algunas precisiones que autorizarían a distinguir entre una aporía genuina y una aporía superflua, una distinción que Aristóteles tendría en mente y que permite entender el paso final de dicha taxonomía. Traeré a colación, a modo de conclusión, algunas observaciones sobre la búsqueda

---

atendiendo a lo evidente. La cuestión de si estamos dormidos o despiertos apunta en definitiva al problema de un criterio de verdad, por mucho que en *Gamma* su planteo esté presentado como un signo de incultura propia de los que piden demostración de todo.

<sup>3</sup> *Idem*, p. 43.

de la verdad vertidas en *Alfa menor*, que ayudan a despejar las tensiones mencionadas y contribuyen a una mejor comprensión del tipo de estrategia que adopta Aristóteles en su defensa del principio.

#### LA TAXONOMÍA DE ADVERSARIOS DEL PNC

Para determinar cuál es la posición de Aristóteles en *Gamma*, respecto de sus precededores físicos y cómo está articulada su singular taxonomía de adversarios del PNC, propongo distinguir, en principio, tres momentos. En el primero, que sitúo en el capítulo 3, la argumentación que brinda Aristóteles conlleva que todo aquel que niega el PNC lo hace por mero afán de disputar y se comporta, en cierto sentido, como erístico. En un segundo momento, junto al erístico que habla por el gusto de hablar surge, en el capítulo 5, otro tipo de adversario, encarnado en el físico, que llega a la negación del principio por estar genuinamente problematizado. Y en un tercer momento, en el capítulo 6, Aristóteles concede que tanto entre los que están persuadidos como entre los que hablan por hablar, hay quienes se sienten en una situación aporética. Contra la interpretación que esto último merece a Cassin, para quien la mayor cantidad posible de adversarios queda ubicada finalmente del lado bueno de la dicotomía, encuentro que se da más bien lo contrario. Es decir, no se trataría de que también los sofistas, al igual que los filósofos, están problematizados, sino más bien de que estos últimos corren el riesgo de devenir erísticos allí cuando en su búsqueda de la verdad, estimulada por aporías cuya legitimidad Aristóteles no discute, llegan a soluciones que implican de uno u otro modo un quiebre con el punto de partida suministrado por la experiencia. Si tal lectura es correcta, el significado de “aporía” que hace decir al estagirita, en *Gamma* 6, que tanto físicos como erísticos negadores del PNC se sienten en una situación aporética, es distinto del empleado en el capítulo 5, donde afirma inequívocamente que solo los primeros arribaron a esa negación por estar verdaderamente problematizados.

Vayamos al primer momento. El capítulo 3 de *Gamma* brinda una primera referencia al adversario que niega el PNC en el contexto de una caracterización del último (*Met.* IV, 3, 1005b12-20) como el “más firme de todos” (*bebaiotáte d'archè pasôn*) los principios, “aquel acerca del cual es imposible el error” (*perì hèn diapseusthênai adúnaton*), necesariamente “el más conocido” (*gnorimotáten*). Implicado en todo conocimiento, este principio es también, nos dice Aristóteles, aquello que necesariamente ha de

conocer el que conoce cualquier cosa, y “no hipotético” (*anupótheton*).<sup>4</sup> A la luz de esta caracterización, toda negación del principio se presenta como superflua, ociosa: “Es, en efecto, imposible que un individuo, quienquiera que sea, crea que lo mismo es y no es, como algunos piensan que Heráclito dice.<sup>5</sup> Pues no es necesario creerse también las cosas que uno dice”.<sup>6</sup>

Aristóteles se expresa aquí como si nuestro pensamiento no pudiera dejar de someterse al citado principio, como si fuese imposible no darle crédito, lo admitamos o no públicamente. Su distinción entre decir algo y creérselo, i.e. sostenerlo o tenerlo por verdadero, parecería tener que entenderse, pues, como la que hay entre lo reconocido a nivel meramente verbal y lo que íntimamente se tiene por verdadero. Es posible, de la boca para afuera, negar el PNC, pero se trataría de una negación vana a la que nadie seriamente daría crédito.

De todos modos Aristóteles es cauto, hay que reconocerlo, al referirse aquí al efesio como negador del PNC, dando a entender que acaso no dijo lo que se le atribuye, como si adjudicarle una doctrina contraria al principio corriera por cuenta de quienes malinterpretaron su pensamiento. Este matiz condice con las consideraciones si se quiere benévolas que hace de Heráclito más adelante en el capítulo 5, en lo que identifiqué como segundo momento, donde lo distingue de quienes niegan el principio por mero afán erístico. De momento, sin embargo, tras proclamar que el PNC impera sobre nuestro pensamiento de forma tal que nadie podría creer que lo mismo es y no es, el juicio de Aristóteles sobre el filósofo de Éfeso es por fuerza condenatorio. La afirmación de que si dijo algo semejante no necesariamente lo creyó encerraría, si no una acusación de insinceridad, o de enredar a oyentes inexpertos en un discurso vacío de pensamiento, cuanto menos una crítica por no haber alcanzado una comprensión suficiente del asunto. De ser así, la distinción en juego no sería entre lo reconocido públicamente y lo que íntimamente se tiene por verdadero, sino más bien entre aquello a lo que damos crédito y lo que “además” somos capaces de mantener y preservar de posibles objeciones. La diferencia no es menor, ya que en un caso la

<sup>4</sup> Las citas de *Met.* siguen, salvo indicación expresa, la traducción de Calvo Martínez (1994).

<sup>5</sup> Para Cassin, *op. cit.*, p. 40-1, hay por parte de Aristóteles una doble precaución cuando afirma que Heráclito no dijo lo que se le hace decir y no ha pensado lo que dijo. La primera es la precaución del historiador, del hermeneuta y del filólogo, mientras que la segunda se revela filosóficamente esencial.

<sup>6</sup> *Met.* IV, 3, 1005b23-26.

distinción supone una distorsión deliberada, propia de quien dice algo distinto de lo que piensa, mientras que en el otro caso depende de no haber alcanzado suficiente claridad sobre el asunto. Las referencias posteriores de *Gamma* a Heráclito y al resto de los físicos van en esta segunda dirección.<sup>7</sup>

El panorama se complica en el capítulo 5, en lo que identifiqué como un segundo momento en el trazado de la taxonomía aristotélica de los adversarios del PNC. Allí, en el marco del examen de las “causas” que llevaron a distintos pensadores a negar el principio, Aristóteles afirma que la doctrina de Protágoras y la de quienes afirman que “lo mismo es y no es” (*Met.* IV, 5, 1009a12) –en esta fórmula es fácil reconocer la atribuida anteriormente a los seguidores de Heráclito (3, 1005b25)– se implican mutuamente. Protagorismo y heraclitismo son de este modo asociados por Aristóteles, quien en este punto sigue de cerca la interpretación de su maestro.<sup>8</sup>

El hecho de que las dos doctrinas se originen en una misma opinión (*apò tês autês dóxes*, 5, 1009a6; *dianoíās*, 1009a16) y arriben a lo mismo no impide al estagirita trazar la distinción fundamental, estratégica, entre sus respectivos seguidores, en estos términos: “No procede, sin embargo, enfrentarse del mismo modo a todos ellos [los adversarios del PNC]: mientras que los unos han de ser persuadidos, los otros tienen que ser forzados”.<sup>9</sup>

La justificación de ello es que

cuantos vinieron a pensar de este modo como consecuencia de hallarse en una aporía, su ignorancia es fácil de curar (ya que su tratamiento no se refiere a las palabras, sino al pensamiento). Por el contrario, aquellos que discursen por discursar, su curación consiste en refutar su discurso tomándolo en su expresión y en sus palabras (*élenchos íasis toû en têi phonêi lógou kai toû en toîs onómasin*).<sup>10</sup>

<sup>7</sup> *Met.* IV, 5, 1009a30-31: “en cierto modo sus afirmaciones son correctas, si bien en cierto modo les falta conocimiento”; 1010a5: “hablan con verosimilitud, pero no hablan con verdad”, etc.

<sup>8</sup> Cf. *Teet.* 152c-153d. Sobre la dependencia de *Met. Gamma* respecto del testimonio de Platón sobre Protágoras en la sección de *Teeteto* que discute la ecuación de conocimiento y *aisthesis*, cf. SPANGENBERG, P. “Las críticas de Platón y Aristóteles a la *phantasia* de Protágoras”, en MARCOS, G. y DÍAZ, M. (eds.), *El surgimiento de la phantasia en la Grecia clásica. Parecer y aparecer en Protágoras, Platón y Aristóteles*. Buenos Aires: Prometeo, p. 99-122.

<sup>9</sup> *Met.*, 5, 1009a16-18. En qué medida la estrategia contra el que discursar por discursar supone un forzamiento o violencia de algún tipo, el uso metafórico del lenguaje de la lucha, frecuente en Aristóteles para referirse al debate dialógico, no permite verlo con claridad.

<sup>10</sup> *Met.* IV 5, 1009a16-22.

Hay aquí algunos puntos dignos de destacar. Encontramos que a la hora de evaluar las doctrinas de otros pensadores, Aristóteles hace hincapié en las motivaciones que condujeron a su formulación. Aunque los seguidores de Heráclito y los de Protágoras hayan arribado, a su juicio, a doctrinas similares, que llegan a implicarse una a la otra, ni lo que sostienen posee igual valor ni la estrategia al enfrentarlos, por consiguiente, ha de ser la misma. Habrá que enfrentarse al pensamiento de los físicos, que llegaron a la negación del principio por hallarse en una aporía, y refutar los *lógoi* de quienes, como Protágoras y los sofistas en general, lo negaron sólo con fines erísticos (*lógou chárin*, 1009a21). Curiosamente, enfrentarse a aquellos genuinamente problematizados es descrito por Aristóteles como más sencillo que enfrentarse a los que hablan por hablar, posiblemente porque a los primeros bastaría con demostrarles su error para persuadirlos de que cambien de opinión, mientras que con los otros sería preciso forzar el acuerdo.<sup>11</sup> Fuera de esto, hay que decirlo, la respuesta aristotélica a las dificultades con que se toparon sus predecesores físicos está lejos de ser sencilla o de recurrir a lo obvio, ya que envuelve elaboradas conceptualizaciones y distinciones tales como la de potencia y acto, o el reconocimiento de la *ousía* suprasensible, inmóvil. Aristóteles reconoce el carácter problemático de los fenómenos que sus predecesores buscaron explicar y considera seriamente las aporías que los condujeron a la negación del principio, al punto de presentar nociones clave de su propia filosofía como llave de solución a las mismas. El carácter filosóficamente fecundo de esas aporías detectadas en lo sensible constituye una diferencia fundamental, hasta donde puedo ver, con las aporías espurias que serán mencionadas más tarde, en el capítulo 6, en el que identifico como tercer momento. En cuanto a los que discuten el PNC por el gusto de hablar, la dificultad a la hora de enfrentarlos residiría en que es preciso darles reto en el terreno del lenguaje, algo que Aristóteles, en el pasaje que nos ocupa, evalúa como más laborioso que tener que vérselas con lo que el oponente “piensa”. Posiblemente se deba a que el lenguaje, ámbito donde en principio sería posible hablar por hablar –hablar sin comprometerse con lo que esto implica, al margen de lo que es, como si el lenguaje fuera un juego del que es posible ingresar y salir a voluntad– es justamente el terreno

<sup>11</sup> Cf. Kirwan (1971: n. *ad loc. Met. IV 1009a16, 106*). Según Ross (1924: 280), la facilidad de la persuasión residiría en mostrarles que sus acciones son inconsistentes con su teoría y que el estudio de la lógica revela que no todo puede ser demostrado (1011a11-13).

donde el adversario se mueve a sus anchas, lo que obliga al filósofo a poner todo su empeño para hacer aflorar, de la negación que el adversario hace del principio, la callada afirmación de lo negado.<sup>12</sup>

En el tercero y último momento, al inicio del capítulo 6 de *Gamma*, reconoce Aristóteles que

hay algunos –tanto entre los que están persuadidos de estas cosas como entre los que proponen estos argumentos solo de palabra– que se sienten en una situación aporética al preguntarse quién decidirá cuál es el sano y, en general, cuál es el que juzga rectamente acerca de cada cosa. Tales aporías, sin embargo, son como considerar una aporía si en este momento estamos dormidos o despiertos.<sup>13</sup>

Ambos grupos de adversarios –no sólo los físicos, que dijeron lo que dijeron persuadidos de su verdad, sino también los erísticos, que hablaron por hablar– están ahora en una situación aporética. Esto lleva a Cassin a encontrar en *Gamma* una operación de recuperación filosófica que supone, a su entender, una manipulación por parte de Aristóteles no solo de sus adversarios sino de sus propias taxonomías, en la medida en que del lado malo de la dicotomía –el de los que discuten con propósitos meramente erísticos– finalmente no quedaría nadie. Las dos categorías de adversarios tenderían así a unirse, sugiere la estudiosa, bajo la égida de la mejor.<sup>14</sup>

Creo, sin embargo, que si en este punto físicos y sofistas se acercan peligrosamente, lo hacen marchando en la dirección opuesta: son los filósofos los que se comportan erísticamente. Esto no debe sorprender, basta

<sup>12</sup> De ahí que a lo largo de *Gamma*, Aristóteles haga hincapié en el “pensamiento” que subyace al discurso del adversario, aun del que pretende confinarse al ámbito del lenguaje y mantenerse al margen de lo que es. El *lógos* no funciona en el vacío, no es nunca “solo” *lógos*, sino que reposa sobre una *dóxa*, una opinión determinada a la que Aristóteles remite el discurso de su oponente, aun del que pretende hablar por el gusto de hablar, al margen de lo que es. No en vano el capítulo 5, donde se traza la distinción entre sendos tipos de adversario, se abre con la afirmación de que una y la misma *dóxa* subyace a ambos. El *lógos* de Heráclito (“lo mismo es y no es”) y el de Protágoras (“todas las cosas que parecen y aparecen son verdaderas”) reconocen como fuente la misma opinión (*dóxes*, 1009a6; *dianoías*, a15-16). En ocasión de la primera prueba a favor del PNC, Aristóteles invita al oponente a decir algo significativo para sí mismo y para otros, p.e. “hombre”, para a partir de allí desplegar una serie de compromisos implicados por el uso del lenguaje significativo.

<sup>13</sup> *Met.* IV 6, 1011a3-8.

<sup>14</sup> Aristóteles, a juicio de Cassin (*op. cit.*, p. 43), “manipula no solo a sus adversarios, sino también sus propias taxonomías”. Cf. también Cassin-Narcy (1989: n. *ad loc.* 1011a3-4), para quienes la taxonomía propuesta inicialmente sufre ahora “una distorsión importante”.



recordar que en *Fís.* I, son filósofos como Parménides, Meliso o Heráclito los que reciben de Aristóteles el apelativo de erísticos (*Fís.* I, 2, 185a8-9; 3, 186a6, 10-11, etc.). Además, como surge del pasaje recién citado, al afirmar, en *Gamma* 6, que ambos tipos de adversarios se sienten en una aporía, Aristóteles “no” está dejando de lado la distinción previa entre los que llegan a la negación del principio por vía de una genuina problematización y los que llegan a ello por mero afán erístico. De hecho evoca esa distinción al referirse a unos como “persuadidos” de cuanto dicen y a los otros, enredados en juegos meramente verbales, distinción que mal podría traer a colación para ignorarla en el mismo instante. La explicación es, simplemente, que en este punto Aristóteles pone en juego un nuevo significado de “aporía”, que no describe ya los problemas con que se toparon los físicos en su búsqueda de la verdad, problemas genuinos cuyo costado paradójico no desconoce, sino aporías espurias, que no son filosóficamente fecundas ni sería sensato, por consiguiente, considerar seriamente. En efecto, para Aristóteles no toda pregunta es legítima ni conduce a un ejercicio fructífero del razonamiento. En *Tópicos* I, 105a3-9, por ejemplo, afirma que no es necesario examinar todo problema ni toda tesis, sino únicamente aquella en la que encuentre dificultad alguien que precise de un argumento, no de un correctivo o una sensación. Los que ponen en cuestión si hay que honrar a los dioses o amar a los padres, ilustra el estagirita, no necesitan de argumentos sino de un correctivo, del mismo modo que quienes cuestionan si la nieve es blanca, todo lo que necesitan es hacer uso de su percepción visual.

La problematización que habría motorizado la búsqueda llevada a cabo por sus predecesores físicos, genuinamente persuadidos de cuanto dicen, tiene en cambio una raíz objetiva y como tal requiere hacerles frente con argumentos. Esas aporías nacen del reconocimiento del hecho del cambio y su solución involucra complejas conceptualizaciones tales como la distinción entre acto y potencia, o la que hay entre *ousía* suprasensible y *ousía* sensible. Poco tienen que ver evidentemente con las que Aristóteles menciona con desdén en el pasaje del capítulo 6 que citamos, cuando se refiere a “considerar una aporía si en este momento estamos dormidos o despiertos” (1011a5-7). Plantear aporías del tipo de si las cosas son tales como aparecen a un observador lejano o al que está cerca, al sano o al enfermo, a los dormidos o a los despiertos, son planteos superfluos, palabrería vana de quienes se niegan a reconocer que no todo lo que aparece se nos presenta con el mismo grado

de certidumbre ni recibe necesariamente nuestro asentimiento. Para aclarar este punto, intentemos precisar la distinción entre aporía genuina y aporía superflua, a cuya luz toma sentido que el filósofo, quien en su búsqueda de la verdad enfrenta problemas legítimos, a la hora de argumentar sobre ellos corra el riesgo de comportarse erísticamente.

#### APORÍAS GENUINAS Y APORÍAS SUPERFLUAS.

##### ○ CUANDO LOS FILÓSOFOS SE VUELVEN ERÍSTICOS

Aristóteles es benévolo, como dije, al referirse a las aporías con las que se toparon los físicos en su búsqueda de la verdad: reconoce que a partir de la consideración de las cosas sensibles, alcanzaron respuestas hasta cierto punto correctas, aunque insuficientes. En el capítulo 5 de *Gamma* menciona a Anaxágoras y Demócrito, quienes al observar que los contrarios se generan a partir de lo mismo, creyeron que ellos podían darse simultáneamente. A este primer grupo de pensadores les opone, como llave de solución, la distinción entre ser en acto y ser en potencia, junto al reconocimiento de una *ousía* en la que no se da en absoluto movimiento, ni corrupción, ni generación (1009a36-38). El estagirita menciona luego un segundo grupo de filósofos: Empédocles, Demócrito, Parménides, Anaxágoras y otros como Crátilo, quien habría llevado al extremo la doctrina de Heráclito. También a partir de la consideración de las cosas sensibles, y operando una reducción de la inteligencia a la sensación, estos pensadores habrían arribado a la conclusión de que todo lo que aparece es verdadero. Su falla, en este caso, fue que al investigar las cosas que son, supusieron que las realidades sensibles son las únicas que hay (1010a3), de modo que a ellos habrá que “mostrarles que existe una cierta naturaleza inmóvil y convencerlos de ello” (1010a33-35).

A continuación es mencionado Protágoras, cuyo planteo –netamente erístico– “en relación con la verdad” (1010b1) concuerda con el grupo anterior en tanto sostiene que todo lo que aparece es verdadero, pero se demora en aporías superfluas cuya formulación resulta cuanto menos asombrosa (*thaumásai*, 1010b4), como p.e.:

si los tamaños o los colores son tales como aparecen a los que están lejos o como aparecen a los que están cerca; y si son tales como aparecen a los sanos o como aparecen a los que están en estado febril; y si son más

pesadas las cosas que aparecen tales a los débiles o a los fuertes, y si son verdaderas las que parecen tales a los dormidos o a los despiertos.<sup>15</sup>

Estas dificultades no son dignas del interés del filósofo. Incluso allí donde se plantea lo que en sentido ordinario describiríamos como un conflicto de apariencias, Aristóteles advierte que en condiciones normales éstas no se presentan con igual fuerza, gracias a un discernimiento natural que impide que seamos engañados por los sentidos y quedemos atrapados en una aporía. Un ejemplo claro lo proporciona el célebre pasaje de *De Anima* III, 3, acerca del tamaño del sol, presentado en estos términos: "...hay cosas que aparecen de modo falso, y a la vez se tiene acerca de ellas un juicio verdadero; por ejemplo, el sol aparece como de un pie de diámetro, pero estamos convencidos de que es más grande que el mundo habitado".<sup>16</sup>

Es decir, hay casos en que algo se presenta de modo contrario a como sabemos que es, pero lejos de asentir a lo que se presenta a nuestros sentidos, mantenemos nuestro juicio verdadero (*bupólepsin alethê*, *DA* III 3, 428b3). El ejemplo aristotélico aspira a mostrar que *phantasía* y *dóxa* no son lo mismo y que los sentidos no solamente no suelen engañarnos, sino que incluso en situaciones en que podría verificarse algún engaño (percepciones en condiciones deficientes y otros casos semejantes), nuestras creencias verdaderas nos mantienen inmunes.<sup>17</sup>

Este ejemplo, ofrecido en el marco de la crítica a la concepción platónica de *phantasía*, echa luz sobre el pasaje de *Gamma* 5 que nos ocupa. Muestra que para Aristóteles, los diversos modos en que las cosas se aparecen dependiendo de los sujetos y las circunstancias no están todos en el mismo nivel ni pueden sin más ser calificados de semejantemente verdaderos, de ahí la vacuidad de esos planteos que, como el de Protágoras, ignoran la distinción entre ser y parecer. El solo hecho de que el adversario erístico no reaccione a lo que se le aparece en sueños del mismo modo que a lo que observa

<sup>15</sup> *Met.*, 1010b4-9; cf. 6, 1011a5-7.

<sup>16</sup> *DA* III 3, 428b3-4. El ejemplo del sol es retomado en *De insom.* 1, 458b28 y 2, 460b18-19 y *Met.* I 8, 345b1-3. Trad. propia del texto de Jannone (1966), cf. bibliografía al final.

<sup>17</sup> Cf. MARCOS DE PINOTTI, G. *Mímesis* e ilusiones de los sentidos en *República* X. Observaciones a la crítica de Aristóteles a la *phantasía* platónica, en *Méthexis* XVIII, 2005, 53-66 (ver p. 60-61); y DÍAZ, M. E. y MARCOS, G. A propósito de la crítica de Aristóteles a la *phantasía* platónica, en MARCOS, G. y DÍAZ, M. (eds.). *El surgimiento de la phantasía en la Grecia clásica. Parecer y aparecer en Protágoras, Platón y Aristóteles*. Buenos Aires: Prometeo, 2009, p. 233-254 (ver p. 238-240).

estando despierto, para Aristóteles delata su tácita aceptación de la distinción entre lo percibido y lo representado, así como el callado reconocimiento de que no todo lo que aparece es verdadero. La crítica no se hace esperar: “Que no piensan de este modo, es evidente: ninguno, desde luego, se encamina al Odeón si, estando en Libia, sueña que está en Atenas.”<sup>18</sup>

La negación del principio es meramente verbal. Aristóteles considera que en la práctica estamos lejos de conferir igual valor a todas las impresiones y de asentir a todo lo que se nos aparece. Aquí retoma un argumento previo (4, 1008b12-31) a favor del PNC, de carácter práctico –referido a la acción– cuya singularidad es que en lugar de exhibir consecuencias inaceptables que se siguen de negar el PNC, intenta aportar una evidencia positiva a su favor:<sup>19</sup>

¿Por qué <un hombre> se va a Mégara cuando piensa que debe ir, en vez de quedarse quieto? ¿y no se dirige, recién amanecido, a un pozo o a un precipicio, si llega el caso, sino que se muestra precavido, como que no piensa que caer <en ellos> es bueno y no bueno por igual? Es, pues, evidente que piensa que lo uno es mejor y lo otro no es mejor.<sup>20</sup>

Al actuar, lejos de darnos lo mismo hacer esto o aquello, calculamos que las cosas son de un modo determinado y obramos en consecuencia, con lo cual, entiende Aristóteles, nos sujetamos al PNC.<sup>21</sup> El estagirita no vacila en hacer inferencias, a partir de las acciones, a propósito de las creencias de quienes así actúan, convencido de que ni siquiera los que dicen oponerse al PNC dejan de actuar conforme a él y que a toda acción subyace una creencia relevante acerca del mundo, siendo imposible alentar creencias contradictorias. Se expresa, en fin, como si el PNC rigiese la *práxis*.<sup>22</sup> Constituido en

<sup>18</sup> *Met.* V, 1010b9-12; cf. 6, 1011a5-7

<sup>19</sup> Según CASSINI, A. La justificación práctica del principio de no contradicción en Aristóteles, en *Crítica*, v. 22, 1990, p. 65; no es por ello una prueba refutativa, indirecta o negativa como las anteriores. Su objetivo es mostrar que incluso quienes rechazan el PNC no actúan consecuentemente con su rechazo.

<sup>20</sup> *Met.* IV 4, 1008b14-19.

<sup>21</sup> A partir de la posición relativista de Protágoras podría ensayarse una objeción: actuamos conforme a ciertos criterios que no estimamos más verdaderos que otros pero que no obstante nos sentimos con derecho a adoptar y defender, aunque disten de ser absolutos o de tener un fundamento objetivo.

<sup>22</sup> El comportamiento *akrático*, el de quien conoce qué es lo mejor pero hace lo peor, aparentemente es el caso paradigmático en que la racionalidad resulta violada. Mas Aristóteles no admite de modo claro y directo la existencia de acciones irracionales, más bien se resiste a aceptar que alguien actúe voluntariamente contra su propio conocimiento. Su explicación

condición de posibilidad de toda acción, sin él se caería en la indiferencia total ante las opciones a las que la vida nos enfrenta y entre las cuales estamos forzados a elegir. A su entender, nadie cree efectivamente que dos enunciados contrarios son simultáneamente verdaderos, y si bien puede decir lo opuesto, su conducta lo desmiente. Los seguidores de Protágoras no estarían persuadidos, pues, de cuanto expresan y sus acciones vendrían a delatarlos. Quien niegue el PNC debería callar y hasta renunciar a actuar, pero no escapa a Aristóteles que “en tal estado no se halla nadie, ni los demás, ni tampoco los que afirman esta doctrina [de Protágoras]”<sup>23</sup>.

En cuanto a la distinción entre aporía genuina y aporía superflua, tendríamos que mientras que la primera constituye un problema real, arraigado en la cosa misma y que reclama al pensamiento una solución,<sup>24</sup> lo cual la hace filosóficamente fecunda, una aporía superflua es para Aristóteles un problema solo en apariencia, originado en un ejercicio del pensamiento que se aparta de la sensación y se fía solo de sí mismo. Esto explica que el estagirita, consciente de que no cualquier cuestión planteada como problema lo es realmente, rechace todas aquellas formas vacías de discurso, independientemente de las razones que llevaron a ella. Sin desconocer las diferencias entre quienes hablan por mero gusto (*lógon chárin*), apartándose voluntariamente de la experiencia en aras de la victoria verbal, y los filósofos que en su intento de resolver las aporías (*ek tou aporêsai*) que encontraban en su búsqueda de la verdad, llegaron a soluciones que implicaban de algún modo un quiebre con el punto de partida suministrado por la experiencia, Aristóteles ve en ambos la encarnación de un tipo de pensamiento “que se desarrolla en el vacío y se nutre de sus propios fantasmas”.<sup>25</sup> Considera

---

de la *akrasía*, incontinencia o debilidad de la voluntad, en términos del silogismo práctico, mostraría que tal individuo no actúa bajo creencias contradictorias sino que una creencia, la universal, es dejada de lado en función de otra creencia referida al caso particular, tal que solo esta última determina la acción. Sobre las distintas interpretaciones que ha merecido la explicación aristotélica cf. Cassini, *op. cit.*, p. 64-66.

<sup>23</sup> *Met.*, 1008b12-13.

<sup>24</sup> La aporía que embarga al pensamiento pone siempre de manifiesto para Aristóteles la que está en la cosa (*be tês dianoiás aporía deloî tou to prâgmatos*). Cf. *Met.* III, 1, 995a31-32).

<sup>25</sup> ROMEYER-DHERBEY, G. *Les Choses mêmes : la pensée du réel chez Aristote*. Lausanne/Paris: l'Âge d'homme, 1983, p. 34. Una crítica tal alcanza, observa Aubenque, no solo a los sofistas y a los platónicos que alcanzan la universalidad o la unidad al precio de la vacuidad del discurso, sino que aflora en la polémica aristotélica contra los físicos y los teólogos, sea el uno eleático, el *âpeiron* de Anaximandro o aun la noche de Hesíodo. Cf. AUBENQUE, P.

que así como es signo de incultura ignorar de qué cosas hay demostración y de qué cosas no es necesario (6, 1011a8-10, cf. 4, 1006a7), lo es exigir razón de todo, planteando aporías ociosas, que se resolverían atendiendo a lo evidente. Una incapacidad para reconocer lo obvio arrastraría por igual a físicos y erísticos a negar el PNC, si bien la experiencia directa de los hechos, confía nuestro filósofo, termina por derrotar cualquier teorización vana que los tergiverse o los niegue.<sup>26</sup>

Resta aclarar cómo es que los filósofos, que según Aristóteles dicen lo que dicen persuadidos de que es verdadero y como respuesta a aporías genuinas en su origen, devienen erísticos. Un ejemplo, como he adelantado, lo proporciona el tratamiento del eleatismo en el libro I de *Fís.*, donde Aristóteles aborda el problema de los principios de la ciencia de la naturaleza con el objetivo de establecer su posibilidad. En ese contexto se ocupa de sus predecesores, por un lado los eléatas, Parménides y Meliso, que sostuvieron que el ser es uno e inmóvil, por otro lado los físicos, denominación que incluye a un vasto grupo de pensadores que van desde Tales hasta el mismo Platón. La tesis eleática del ser uno e inmóvil queda al margen de la física porque su verdad acarrearía la imposibilidad del cambio y del movimiento y con ello la de la ciencia de la naturaleza, que es principio de cambio. Tal tesis impide, además, dar cuenta de la multiplicidad de fenómenos de nuestra experiencia y va en contra de una cantidad de ejemplos de movimiento de los que nos percatamos por simple constatación empírica –para Aristóteles sería ridículo demostrar la existencia de la naturaleza, ya que hay multiplicidad de entes naturales (*Fís.* II, 1, 193a3ss.). Las argumentaciones de Meliso, tanto como las de Parménides, al decir de Aristóteles, son erísticas: no solo parten de premisas falsas, sino que además no son conclusivas (*assullogistói*, *Fís.* I, 2, 185a10).<sup>27</sup> El estagirita critica duramente a Parménides por sostener que todas las cosas están en reposo (*pant' eremeîn*) y por ensayar una explicación de ello sin atender a la percepción (*Fís.* VIII, 3, 253a32-34). La

---

*El problema del ser en Aristóteles.* Aubenque (1962): *El problema del ser en Aristóteles*, Madrid, Taurus Ediciones SA, 1974. Trad. esp. por Vidal Peña. Madrid: Taurus Ediciones, 1974, p. 206.

<sup>26</sup> La confianza en el acceso a las cosas mismas como límite del poder del *lógos* puede ser rastreada en varios argumentos aristotélicos. Sobre la cuestión, cf. Díaz y Marcos de Pinotti, *op. cit.*, P. 53-55.

<sup>27</sup> La falsedad de la que parten es la de que todo es uno y “ser” se predica en sentido absoluto. Pero además se trata de argumentos falaces formalmente, porque aun si “ser” se predicara en un único sentido, de todos modos habría multiplicidad, cosa que los eléatas sin embargo niegan.

rehabilitación de lo sensible, el recurso a los hechos, son los medios para combatir este tipo de razonamiento que desdeña los datos sensibles y se fía de la pura deducción conceptual, cuando es la experiencia sensible la que nos pone en presencia de las cosas mismas.<sup>28</sup> Así como no cabe al geómetra discutir con quien cuestiona los principios de la geometría, en el contexto de la física no hay espacio para discutir con los eléatas. Investigar si el ser es uno e inmóvil “no constituye una investigación acerca de la naturaleza” (*Fís.* I, 2, 184b25), lo que no impide a Aristóteles reconocer que aun cuando no tratan de la *phýsis*, estos pensadores enuncian aporías físicas (*physikāi aporíai*) cuyo examen posee interés filosófico (185a18-20).<sup>29</sup> Este juicio si se quiere ambiguo que merecen a Aristóteles los eléatas condice con el doble valor que le atribuye a muchos de los planteos procedentes de los físicos en los pasajes que de *Met. Gamma* que hemos examinado, donde sin dejar de reconocer que investigaron por causa de una genuina problematización cuyo valor filosófico es indudable, les reprocha enredarse en dificultades que se resolverían atendiendo a lo evidente.

## CONCLUSIONES

Plantée al comienzo de mi exposición una serie de dificultades, o cuanto menos tensiones, presentes en la discusión de *Met. Gamma* en torno al PNC. Si el principio en discusión es el más firme de todos y como tal no puede ser derrotado, ¿para qué argumentar en su defensa? El esfuerzo argumentativo se justifica sólo si el ataque al principio en cuestión se presenta como consistente o tiene cierta solidez, de lo contrario sería innecesario, ¿para qué defender lo que no puede ser seriamente atacado? No es un dato menor, podemos responder en función de lo expuesto, que además de que se pueda negar el PNC con fines meramente erísticos, Aristóteles reconozca la legitimidad de

<sup>28</sup> Romeyer-Dherbey, *op. cit.*, p. 257, remite a *De Caelo* 293a29-30, donde Aristóteles critica a los pitagóricos que no obtienen su convicción de los hechos observados sino de los razonamientos, y *De Gen. Corr.* 325a13 y 17-18, que brinda una crítica al eleatismo sobre lineamientos similares a los de *Fís.* I (n. 91, p. 170). No olvidemos el comienzo de *Met.*, donde la *aísthesis* envuelve una primera realización de la apetencia humana de saber.

<sup>29</sup> Boeri (BOERI, M. Aristóteles contra Parménides: El problema del cambio y la posibilidad de una ciencia física, en *Tópicos* 30 bis, 2006, p. 45-68.) muestra cómo a pesar del fuerte disenso respecto de las posiciones eleáticas en general y de Parménides en particular, Aristóteles se sirve de este último de modo constructivo, en provecho de su propia teoría del cambio y, en general, del movimiento físico.

los planteos de buena parte de sus predecesores, que arribaron a la negación del principio por vía de una genuina problematización. Para ellos, al menos, es necesario argumentar.

En cuanto al juicio de Aristóteles acerca de sus predecesores físicos, en particular Heráclito, las fluctuaciones que se registran a lo largo de *Gamma* conciben con las sucesivas mutaciones que sufre la figura del físico y que, según la interpretación aquí sugerida, lo alejan en forma creciente del filósofo y lo acercan peligrosamente al erístico. En efecto, al comienzo del capítulo 3 encontramos al físico alineado junto al filósofo, distinguiéndose ambos de quienes cultivan una ciencia particular. Estos últimos detentan un saber aplicado a solo una parte de lo que es, en cambio los físicos, afirma allí Aristóteles, son “los únicos que creyeron investigar acerca de la naturaleza en su totalidad, y así acerca de lo que es”.<sup>30</sup> Líneas después, en el pasaje antes examinado del mismo capítulo 3, Heráclito, quien encabeza el grupo de los físicos, aparece como uno de los filósofos que se engañaron acerca de las cosas que son, pero también como el negador por excelencia del PNC. Ya en el capítulo 5, al trazarse la taxonomía de adversarios del principio, vimos que Aristóteles asocia, a la vez que distingue, al físico y al erístico, para vincularlos todavía más estrechamente en el capítulo 6. De resultas, el físico, inicialmente ubicado junto al filósofo por detentar ambos un saber de índole universal –en su caso injustificadamente– termina alineado con el mayor oponente de aquel. Como consecuencia de tales deslizamientos cobra nitidez la figura del filósofo, distinguido no solo del sofista sino también del físico, quedando reunidos estos últimos no meramente por negar el PNC, sino por apartarse de lo evidente.

Con respecto a la singular taxonomía de adversarios del PNC fijada en *Gamma*, por último, si es correcta la interpretación que propongo, aparte de avanzar en dirección opuesta a la que señala Cassin, aclara en qué sentido “todos” los adversarios sin excepción, ya sea que los guíe un interés genuino por la verdad o el mero afán de disputar –es decir, filósofos como erísticos–, son para Aristóteles de cuidado. Si es cierto que con quienes hablan por

<sup>30</sup> *Met.* IV, 3, 1005a32-33. La física encarna, en razón de su universalidad, una cierta sabiduría, aunque no la primera (1005b1-2). Su insuficiencia obedece a que los filósofos que buscaron la verdad acerca de la *phýsis* no admitieron más entidad que las sensibles (cf. *Met.* IV 5, 1009a36-38; 1010a32-35), de ahí que para corregir su ignorancia haya que llevarlos a reconocer que hay *ousía* suprasensible.



hablar no vale la pena argumentar, no lo es menos que Aristóteles se esfuerza por hacer aflorar, de la negación del adversario, la implícita afirmación de lo negado. Esto se pone de manifiesto no solamente en la primera de las pruebas que aduce a favor del PNC, donde fuerza a su oponente a decir algo para, a partir de allí, forzarlo a aceptar el principio que presumiblemente niega, sino en la afirmación misma de que al margen del discurso, con independencia de que lo admitamos o no en las palabras, no podríamos “pensar” a menos de someternos a él. Pero por si esto no bastase, Aristóteles persigue a su oponente hasta el último refugio, el de la *práxis*, expresando su confianza en que el contacto con los hechos termina por derrotar cualquier teorización vana y refuta cualquier discurso que contradiga la experiencia corriente. Todo adversario, en suma, lo admita o no, se percate de ello o no, a los ojos de Aristóteles actúa en conformidad con el principio que, vanamente, intenta negar. Esto lo convierte en un oponente de cuidado frente al cual es necesario argumentar, le abre el ingreso a la racionalidad –si no hablara, si no actuara, sería como una planta– y lo pone en situación de ser refutado y, a la vez, redimido.

Buena parte de estas tensiones que recorren *Met. Gamma* consiguen despejarse, quisiera sugerir antes de concluir, a la luz de la posición de Aristóteles respecto de la búsqueda de la verdad, tal como es expresada en *Alfa Menor*. La búsqueda de la verdad, sostiene allí, en cierto sentido es difícil, pero en otro sentido es fácil. Es imposible captarla acabadamente, pero también lo es no captarla en absoluto. Como reza el proverbio citado por el estagirita: “¿quién podría errar a una puerta?”. Es decir, todos pueden tirar al arco y no necesitan ser tiradores expertos para acertar a un blanco del calibre de una puerta. Así también, el ámbito de la verdad es lo suficientemente vasto como para que nuestro pensamiento y nuestro discurso tengan forzosamente algún contacto con ella. Mas esta afinidad natural del alma con la verdad no exime sino, al contrario, exige emprender una búsqueda esforzada para cuya consecución, el mayor obstáculo no reside para Aristóteles en las cosas, como podría creerse, sino en nosotros mismos (993b8-9). Como los ojos de los murciélagos al toparse con la luz del día, así le sucede a nuestra alma al toparse con aquellas cosas que son de suyo las más evidentes, pero, al mismo tiempo, las más difíciles de conocer (993b9-11). Esta singular tensión entre aquello que siendo lo más cognoscible y evidente en sí mismo se sustrae, sin embargo, a una fácil aprehensión, es reconocida con frecuencia

por Aristóteles, en contextos en los que describe el proceso de conocimiento humano como un avance desde lo que nos es más próximo y cognoscible hasta aquello que siendo lo más cognoscible de suyo, es, sin embargo, lo más difícil de aprehender, dada su lejanía con la sensación.<sup>31</sup> Se diría que al igual que el *lógos* heraclíteo conforme al cual todo sucede y del que los hombres “tienen” de hecho experiencia aunque, incapaces de comprender, parezcan no tenerla, así el PNC gobierna nuestro discurso y nuestro pensamiento, incluso nuestras acciones, y a él nos sujetamos, aunque no siempre advirtamos este sometimiento. De ahí el empeño de Aristóteles en hacer que el adversario se percate de la verdad de un principio que funda su propia experiencia y, en ese sentido, le es próximo y a la vez difícil de captar.

Esta tensión impregna la discusión de *Met. Gamma* en torno al PNC. Permite entender por qué no es ocioso argumentar en defensa de una verdad en algún sentido ya sabida, pero cuya aprehensión acabada es fruto de una búsqueda esforzada que compete al filósofo llevar adelante. En esa búsqueda, significativamente, la especulación filosófica es deudora no solo de aquellos cuyas opiniones compartimos, sino también, subraya Aristóteles, de quienes expresaron opiniones más superficiales, porque pusieron en marcha la búsqueda de explicaciones (993b11-16). El PNC constituye lo más evidente de suyo, pero su admisión encuentra resistencias no solo en quienes lo ponen en tela de juicio por mero afán de discusión, sino también en aquellos filósofos que al embarcarse en la búsqueda de la verdad, consideraron que el ámbito sensible sujeto a devenir desmentía su vigencia. La estrategia de Aristóteles consiste en llevarlos a reconocer que lo real no se agota en los seres sensibles, que la *ousía* sensible sujeta a cambio no es más que una parte insignificante del todo, al que sería injusto hacer extensivo lo que solo se da en algunos de sus seres, como también que hay diferentes significados de “ser”, a cuya luz el cambio y el movimiento se tornan comprensibles. En este punto la labor del filósofo consistirá en elaborar una explicación que sin estar reñida con los hechos, parta de ellos y los ilumine. Y cuando el tipo de adversario que le toca enfrentar sea inmune a las explicaciones y razones, el filósofo se esforzará por hacer que aflore, en la negación del principio, la implícita afirmación de lo negado. La estrategia argumentativa diseñada en *Gamma*

---

<sup>31</sup> Cf. *Met.* VII 3, 1029b1-12 y nota *ad loc.* de Calvo (1994), quien remite a *Fís.* I 1, 134a16ss., *De An.* II 1, 413a11 y *An. Post.* I 2, 73ss. donde aparece la misma propuesta metodológica, con distintos matices.

para enfrentar a los adversarios del PNC responde, en última instancia, al mensaje de *Alfa menor*: la búsqueda de la verdad que define la actividad del filósofo consiste fundamentalmente en descorrer los velos que enturbian su visión, confirmando inteligibilidad a lo que es más claro y más cognoscible de suyo, pero a la vez, por una limitación de nuestra humana naturaleza, lo más difícil de alcanzar.

Recebido em setembro 2012

Aceito em dezembro 2012

## BIBLIOGRAFÍA

### Ediciones y traducciones:

- ARISTÓTELES. *Física. Libros I-II*. Traducción, introducción y comentario M. Boeri. Buenos Aires: Biblos, 1993.
- ARISTÓTELES. *Metafísica*. Traducción y notas T. Calvo Martínez. Madrid: Gredos, 1994.
- ARISTOTE. *De l'ame*. Traduction et notes de E. Barbotin. Paris: Les Belles Lettres, 1980.
- CASSIN, B. et NARCY, M. (eds.) *La décision du sens. Le livre Gamma de la Métaphysique d'Aristote, introduction, texte, traduction et commentaire*. Paris: J. Vrin, 1989.
- KIRWAN, C. *Aristotle's Metaphysics. Books IV-V-VI*, trad. y coment. Oxford: Clarendon Press, 1971.
- REALE, G. *Introduzione, Traduzione e Commentario della Metafisica di Aristotele*. Milano: Bompiani, 2004. (Il Pensiero Occidentale)
- ROSS, W. D. *Aristotle, Metaphysics*. 2 vols. Oxford: Clarendon Press, 1924, 1948.

### Bibliografía secundaria:

- AUBENQUE, P. *El problema del ser en Aristóteles*. Trad. Vidal Peña. Madrid: Taurus Ediciones, 1974.
- BOERI, M. Aristóteles contra Parménides: El problema del cambio y la posibilidad de una ciencia física, en *Tópicos* 30 bis, 2006, P. 45-68.
- CASSIN, B. Parle, si tu es un homme, CASSIN, B. et NARCY M. (eds.) *La décision du sens. Le livre Gamma de la Métaphysique d'Aristote, introduction, texte, traduction et commentaire*, Paris, J. Vrin, 1989, 9-60.
- CASSINI, A. La justificación práctica del principio de no contradicción en Aristóteles, *Crítica*, v. 22, n. 65, p. 57-72, 1990.
- DÍAZ, M. E. y MARCOS DE PINOTTI, G. "La experiencia como límite del poder político del discurso. Inesperadas raíces platónicas de dos argumentos aristotélicos", en *Philosophica*, v. 33, n. 1, p. 41-60, 2008.
- DÍAZ, M. E. y MARCOS, G. "A propósito de la crítica de Aristóteles a la *phantasia* platónica". In: MARCOS, G. y DÍAZ, M. (eds.). *El surgimiento de la phantasia en la Grecia clásica. Parecer y aparecer en Protágoras, Platón y Aristóteles*. Buenos Aires: Prometeo, 2009.

- MARCOS DE PINOTTI, G. *Mimesis* e ilusiones de los sentidos en *República X*. Observaciones a la crítica de Aristóteles a la *phantasia* platónica. *Méthexis*, v. 18, p. 53-66, 2005.
- NUSSBAUM, M. *La fragilidad del bien. Fortuna y ética en la tragedia y filosofía griega*. Madrid: Visor, 1995.
- ROMEYER-DHERBEY, G. *Les Choses mêmes : la pensée du réel chez Aristote*. Lausanne/Paris: l'Âge d'homme, 1983.
- SPANGENBERG, P. "Las críticas de Platón y Aristóteles a la *phantasia* de Protágoras". In: MARCOS, G. y DÍAZ, M. (eds.). *El surgimiento de la phantasia en la Grecia clásica. Parecer y aparecer en Protágoras, Platón y Aristóteles*. Buenos Aires: Prometeo, 2009.